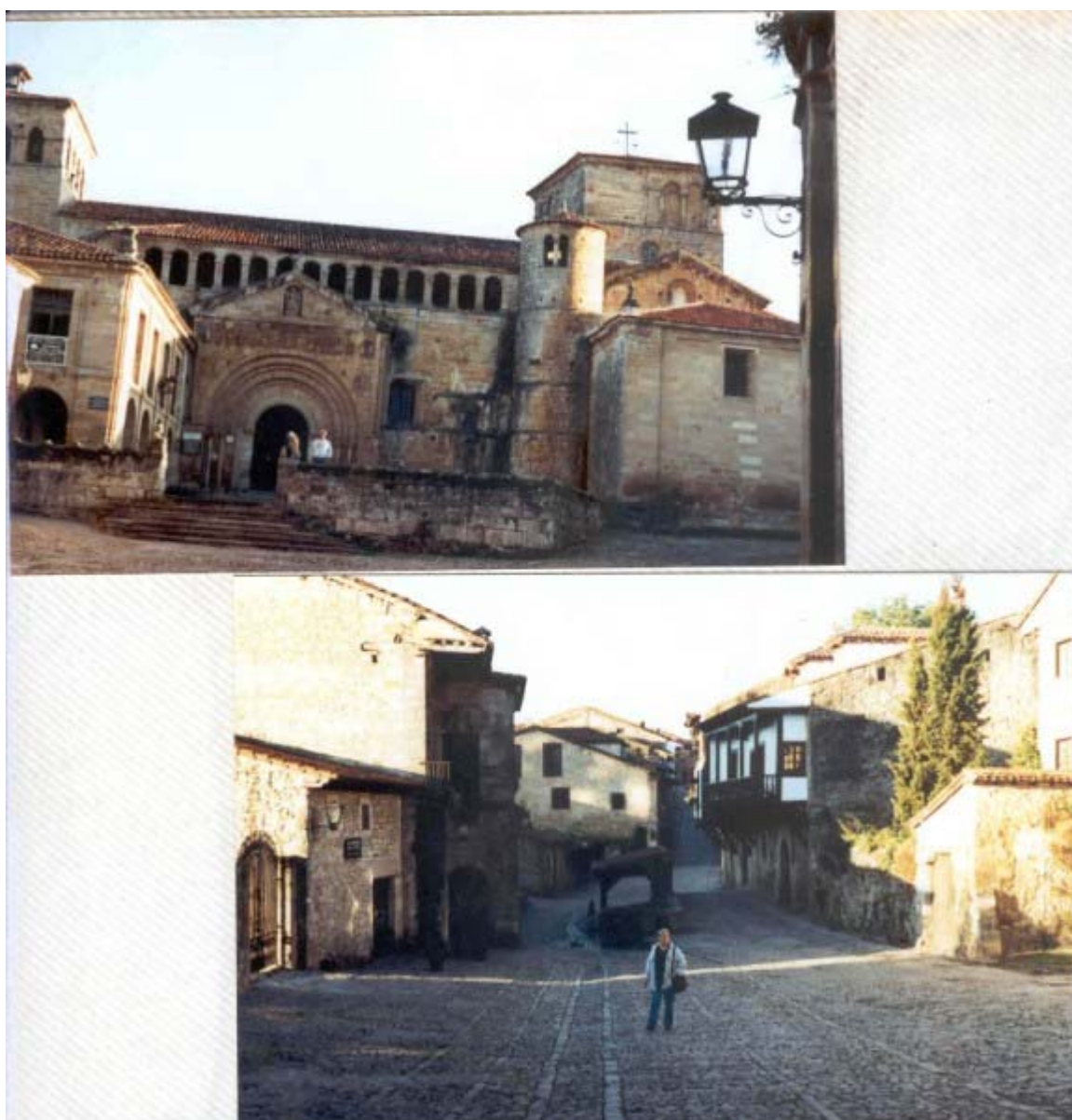


RUTA DE SANTILLANA DEL MAR HASTA SAN VICENTE DE LA BARQUERA

Se afirma con sorna que es la ciudad de las tres mentiras, porque ni es santa, ni es llana ni tiene mar. Pero nadie le niega a Santillana del Mar la capacidad de evocar un paisaje rural y agrícola tan perfecto que parece de cartón piedra.

Sin embargo, en cuanto el visitante rasque un poco la piel de la villa, comprobará que no hay ni trampa ni cartón, sino que es tan real como las piedras que la modelan.



El “pueblo más bello de España” para algunos, es como un museo a cielo abierto, que refleja con exactitud una villa noble y ganadera de la Cantabria medieval.

Santillana es una localidad fácil de abarcar, sus casonas nobles, sus palacios barrocos y sus balcones de madera llenos de geranios se abren a dos calles, la del Cantón y la de Juan Infante, y dos plazas, la de Ramón Pelayo y la de la Colegiata, centro cada una de ellas de los dos poderes: el nobiliario y el eclesiástico.



La Colegiata es el elemento urbano más importante de Santillana. Nacida como capilla mozárabe (la Sancta Iuliana que dio nombre a la villa) evolucionó hasta convertirse en un típico monasterio románico. Entonces ganó su portada, adornada con un frontón con la imagen de Santa Juliana, y un claustro que destila sencillez y espiritualidad, a los que en el siglo XVII se añadió la logia con arcadas.



La otra cara de Santillana, la nobiliaria, vino después de que en los siglos XVI y XVII, muchos de sus vecinos se viesen obligados a emigrar a América. Los que lograron fortuna volvieron y levantaron palacios, iglesias y casonas. En 1850, la nobleza de Madrid descubrió los encantos de Santillana poniendo de moda el verano en la comarca.



Si la Colegiata es una maravilla del románico, apenas a 4 km. Se hunde en la tierra la cueva de Altamira, la "Capilla Sixtina" del paleolítico. Descubierta en 1879 por un cazador pero que poco tiempo después fue visitada por Marcelino Sanz, aficionado a la arqueología acompañado de su hija quien a ser iluminada la cueva por el padre exclamó la frase histórica para la arqueología y que sirvió para hacerla conocer por doquier "¡Mira, papá, bueyes" y que obligó a replantear todo sobre nuestros orígenes. La cueva tiene el acceso restringido, pero junto a ella se ha construido un museo con una réplica exacta de la cavidad y sus pinturas.

Camino de Comillas, la ruta pasa por Oreña, con una sorprendente concentración de anticuarios por m2.. Poco después, un desvío señala Novales, otro curioso pueblo con un micro clima tal que permite el cultivo de cítricos como si fuese una huerta mediterránea.

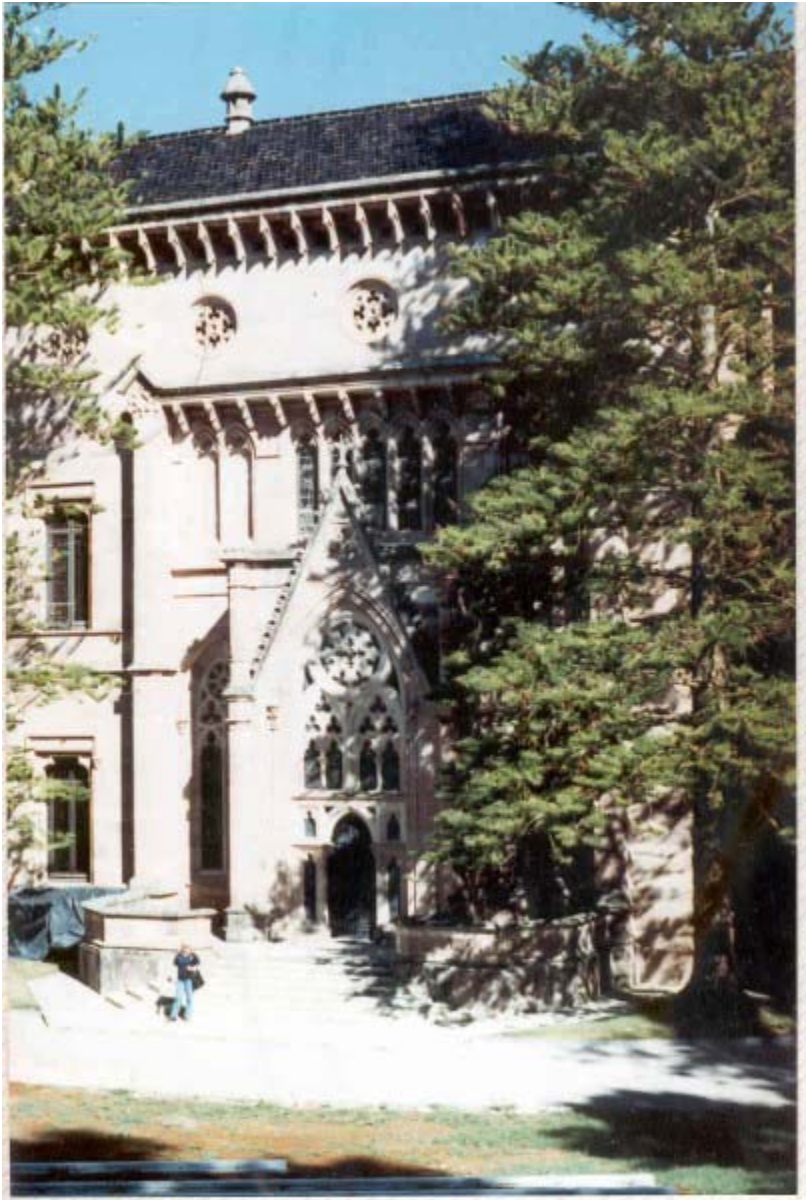
La historia moderna de Comillas es la de uno de sus vecinos, Antonio López, que emigró a Cuba y como buen indiano enriquecido (la historia oficial no reconoce que lo fuera con el tráfico de esclavos), a su vuelta financió la construcción de obras privadas y benéficas en su pueblo. A él, y a su hijo, Claudio, debe Comillas la fisonomía y la fama que hoy tiene. Levantarón la Universidad Pontificia que sorprenden por la fantasía de estilos conjugados por dos arquitectos catalanes: Joan Martorell y Lluís Domènech.

Frente a ella despunta el palacio de Sobrellano, la residencia oficial (de hecho residía en Barcelona) de A. López, nombrado Marqués de Comillas y por entonces la mayor fortuna de España, también encargado a Martorell..



Pero, pese a su desbordante lujo y tamaño, otro le hace sombra. Es "el Capricho" que Gaudí levantó. Dicen que se debió al "capricho" de la hija del marqués, pero realmente fue otro pariente del marqués, Máximo Díaz de Quijano quien encargó una casa de verano diferente a todas las existentes. Nadie puede dudar de que lo consiguió.

De Comillas a San Vicente de la Barquera, la carretera culebra entre los acantilados del Parque Natural de Oyambre hasta enlazar el puente de La Maza, al que se le atribuye que aquel que lo pasa sin respirar se casará pronto. ¡¡OJITO!!.



La vieja urbe medieval de San Vicente resiste sobre un risco aislado de tierra por el mar y dos rías. El ambiente marineru del puerto y los soportales de la plaza contrastan con el austero y montañes de la zona vieja, donde perviven antiguas reliquias: a un lado el castillo, al otro el hospital de peregrinos del que solo queda la portada y, la maziza iglesia de Nuestra Señora de los Angeles que completaba la muralla. De su interior no hay que perderse el mausoleo de Antonio del Corro viejo inquisidor y hombre fuerte de San Vicente en el siglo XVI.

Por la vida, Ilis.